

frailes, y de la vasta producción evangelizadora-literaria de los franciscanos del siglo XVI, las conclusiones —por muy sugerentes que parezcan—, quedarán en mera especulación.

Francisco Morales, OFM

Universidad de las Américas, Puebla

JORGE CAÑIZARES-ESQUERRA: *How to Write the History of the New World? Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*. Stanford, California, Stanford University Press, 2001, 450 pp. ISBN 0804740844

El reciente libro de Jorge Cañizares-Esquerra ha corrido con mucho éxito en la academia estadounidense: ganó dos premios otorgados por la American Historical Association (uno en historia atlántica y otro como el mejor libro de historia española y latinoamericana) y se ha vuelto referencia de rigor para la historia intelectual de México en el siglo XVIII. Bajo el título de *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*, saldrá pronto en traducción al español en el Fondo de Cultura Económica. El éxito del libro no es difícil de explicar: su autor se impone la tarea de contar una nueva historia de las historias del Nuevo Mundo escritas en el siglo XVIII en los dos lados del Atlántico, desde una perspectiva muy informada por las últimas tendencias teóricas e historiográficas estadounidenses.

La abundante producción de libros sobre el tema a partir de la segunda mitad del siglo XVIII muestra cómo, lejos de generar consensos o verdades obvias, el pasado y el presente dieciochesco de América constituían en aquel momento motivo de polémicas, desacuerdos, resentimientos, intrigas y conspiraciones. Cañizares-Esquerra explora el sustrato epistemológico de estos

desacuerdos y destaca nuevas pautas de objetividad en la historia, provenientes de las prácticas científicas contemporáneas o influidas por éstas. Rechazando cada vez más decididamente el testimonio inmediato del cuerpo —sobre todo del cuerpo no entrenado de las clases bajas o de las mujeres, propensas a pasiones desbordadas, supersticiones y entusiasmos súbitos—, las ciencias del siglo XVIII buscaban construir sus verdades alrededor de datos cuantitativos, producidos por medio de instrumentos e interpretados por testigos peritos, sobrios e ilustrados. En el caso de la historia, este nuevo modelo de objetividad llevó a la formulación de toda una nueva serie de preguntas: ¿cuáles son las fuentes más confiables de evidencia para la historia?; ¿cómo y quién puede interpretar correctamente la evidencia?, y ¿para qué sirven estas interpretaciones?

En los primeros dos capítulos del libro, Cañizares-Esquerria describe estos cambios críticos en la historiografía europea sobre América durante la segunda mitad del siglo XVIII: las historias renacentistas del Nuevo Mundo, compuestas durante los dos siglos previos con base en escrituras indígenas y en los relatos de testigos oculares (soldados, piratas y misioneros, entre otros), fueron censuradas como poco creíbles y dieron lugar a un nuevo arte de leer nuevos tipos de evidencia, derivados de la historia natural, la geología, el estudio anticuario y lingüístico. Entre los exponentes más célebres de las nuevas tendencias historiográficas, Cañizares-Esquerria menciona la *Histoire naturelle* (1749-1788) del Conde de Buffon, las *Recherches philosophiques sur les Américains* (1768-1769) de Cornelius de Pauw y la *History of America* (1777) de William Robertson. Buffon y de Pauw abordaban la historia humana como parte de la historia de la tierra. En cambio, Robertson destacaba instituciones sociales, religiosas y políticas para construir una historia filosófica de la civilización; dentro de este esquema, los pueblos americanos fungían, según sugiere Cañizares-Esquerria, como “museo viviente” de los orígenes oscuros de la civilización europea.

Más allá de sus considerables diferencias, las nuevas historias “ilustradas” de América captaban una imagen común del Nuevo Mundo: la de su profundo atraso en comparación con la civilización europea. La presencia colonial de España, nación retrasada y decadente, en fatídica combinación con la naturaleza húmeda del continente americano, había ejercido una influencia nociva sobre el carácter físico e intelectual de los habitantes de América. Irónicamente, como lo señaló Cañizares-Esquerra en un estudio anterior, el estigma de la humedad acompañó al Nuevo Mundo desde el momento de su descubrimiento: en los siglos XVI y XVII se consideraba que nefastos humores conspiraban con aún peores influencias astrológicas para reducir a los americanos a seres flemáticos y perezosos. La respuesta de los criollos a estas afrentas europeas no se dejó esperar y consistió en mostrar que los factores terrestres y celestes sólo tuvieron efectos negativos sobre los indios, cuyo temperamento se vería beneficiado por la evangelización y por un riguroso régimen laboral. En cambio, el carácter criollo, forjado por la fortuita mezcla del temperamento español y del ambiente americano, no tenía igual en dulzura, inteligencia e ingeniosidad.¹

Para el siglo XVIII, la imagen europea de América no había mejorado, aunque esta imagen estaba determinada ya no por desacreditadas creencias astrológicas, sino por las nuevas nociones de objetividad en las ciencias y en la historiografía ilustradas. Otra vez, los criollos americanos contestaron enérgicamente (y a sus protestas se sumaron también las de los españoles agraviados) y se dedicaron a recopilar datos “objetivos” —desde la meteorología hasta la lingüística, desde la arquitectura hasta la astronomía— con el propósito de resignificar América. Aceptando las nuevas premisas filosóficas de la escritura de la historia, los criollos señalaban

¹ Jorge CAÑIZARES-ESQUERRA, “New World, New Stars: Patriotic Astrology and the Invention of Indian and Creole Bodies in Colonial Spanish America, 1600-1650”, en *American Historical Review*, 104 (feb. 1999), pp. 33-68.

que los historiadores europeos no practicaban observaciones detenidas de la realidad (natural y cultural) americana y que, por lo tanto, sus historias abundaban en crasos errores de interpretación y en generalizaciones. Solamente un testigo local e informado podía evadir el prejuicio. Cañizares-Esquerra denomina esta perspectiva local como “epistemología patriótica” y gran parte de su libro es un recuento de los abundantes ejercicios de “epistemología patriótica” por parte de historiadores criollos americanos y españoles.

Uno de los grandes méritos del libro radica en su perspectiva transatlántica. Seducido por un gran número de archivos y bibliotecas (desde París hasta la ciudad de México, vía Madrid, Valencia, Sevilla, Chicago, Tulane y Nueva York), y por documentos poco conocidos, el autor teje redes inesperadas y novedosas para ofrecer al lector detalles gratos sobre la recepción de la primera edición de Clavijero en Inglaterra o sobre la recepción de Robertson en España. En un momento adelanta una intrigante hipótesis que merecería un seguimiento más detallado: que la famosa colección de documentos recopilada por el caballero italiano Lorenzo Boturini en la Nueva España, nunca llegó a Madrid (a pesar de las numerosas insistencias de la corona) porque los criollos mexicanos urdieron una verdadera conspiración para guardar estas valiosas fuentes de la historia patria.

Al mismo tiempo, al dirigir su enfoque (en los capítulos 3-5) hacia los participantes españoles y americanos en este debate por la historia de América, Cañizares-Esquerra reflexiona de manera oportuna sobre la Ilustración en el mundo hispano, tema que ha generado importantes discusiones historiográficas en años recientes. Tradicionalmente, al identificar la Ilustración con el fermento del conocimiento, el cuestionamiento de la tradición, de la religión y de la monarquía, y con los orígenes de las instituciones seculares, liberales y democráticas creadas en el siglo XIX, historiadores de varias corrientes han negado que algo afín a la Ilustración ocurriera en España y, sobre todo, en sus colonias. Entre otros, Octavio Paz

afirmaba que México pasó directamente de la Nueva España barroca al Estado-nación independiente, sin pasar por la Ilustración. Al mismo tiempo, no han faltado quienes han reclamado encontrar reunidos todos los requisitos para que una ciudad como la de México no fuera más que ilustrada; aquí, como en París, existían hacia finales del siglo XVIII, una cátedra de botánica, una Escuela de Cirugía, un Seminario de Minería, publicaciones periódicas y correspondientes de la Academia de Ciencias de París. Entonces, ¿hubo o no hubo una Ilustración al estilo francés en la Nueva España? Esta pregunta se ha vuelto cada vez menos relevante en los últimos 20 años cuando una nueva generación de historiadores se ha manifestado contra la aplicación de modelos externos a procesos históricos americanos y ha abandonado la búsqueda (con o sin éxito) de la Enciclopedia, de la Asamblea Constitucional, del laicismo o de Diderot en la Nueva España para explorar los cambios culturales, políticos y sociales que tuvieron lugar en las últimas décadas del siglo XVIII en España y sus colonias desde sus propios contextos internos, desde su propia historicidad.²

Cañizares-Esquerra enfoca las especificidades, paradojas y contradicciones de la Ilustración hispana e hispanoamericana a través de su estudio de la polémica por la representación de América en la segunda mitad del siglo XVIII. En el tercer capítulo, el autor sugiere que la modernidad española tiene su origen en la percepción del “atraso” español frente a otros países europeos por parte de las élites españolas. Se trataba de un “atraso” real y concreto, militar, tecnológico y científico, que amenazaba con la pérdida del imperio. La autocrítica sirvió de acicate para toda

² Véase al respecto, de A. NIETO-GALÁN, “The Images of Science in Modern Spain”, en K. GAVROGLU (comp.), *Archimedes: The Sciences in the European Periphery during the Enlightenment*, 2 (2001), pp. 76-101 y Ruth HILL, *Sceptres and Sciences in the Spains. Four Humanists and the New Philosophy (ca. 1680-1740)*, Liverpool, Liverpool University Press, 2000.

una serie de actividades científicas y culturales dirigidas hacia un mejor conocimiento del vasto territorio colonial hispano. Por un lado, se organizaron grandes expediciones con la tarea expresa de reconocer y cartografiar el imperio, para defender mejor sus límites contra las crecientes incursiones extranjeras, y de explorar y clasificar su inmensa variedad mineral, vegetal, animal y humana, con el propósito de explotarla mejor. Por otro lado, las historias existentes de la América española también fueron sometidas a un serio escrutinio, y Cañizares-Esquerria detalla los debates entre varios protagonistas —la Real Academia de la Historia, el Consejo de Indias y los jesuitas exiliados, entre otros— respecto a cómo escribir historias críticas y seculares de América y con qué fuentes. Algunos de los participantes en el debate proponían poner en duda todas las historias anteriores y empezar de nuevo, con base en fuentes “públicas” manuscritas (cartas, juicios, reportes, discusiones y estudios etnológicos, por ejemplo). Su propuesta culminaría con la fundación del Archivo de Indias (donde se reúnen justamente los manuscritos “públicos” concernientes a América) en 1784, a cargo de Juan Bautista Muñoz, y con la publicación de la *Historia del Nuevo Mundo* en 1793, donde el mismo Muñoz adoptaba las prácticas propias de las ciencias naturales para “apurar la verdad de los hechos [...] en fuerza de documentos ciertos e incontrastables”. Muñoz sólo alcanzó a escribir sobre los primeros momentos de la presencia española en América (básicamente sobre los viajes de Colón) y murió antes de ver publicado este primer volumen.

En el caso del Nuevo Mundo (particularmente México), Cañizares-Esquerria inició su estudio de la polémica por la historia de América con Juan José de Eguiara y Eguren, cuya *Bibliotheca mexicana* (1755), una detallada, pero incompleta bibliografía (en latín) de los libros publicados en México, constituía un intento por demostrar que la Nueva España no era el desierto cultural que pensaban los europeos (en este caso, los españoles). Luego Cañizares-Esquerria glosa, de manera algo monótona y poco inspirada, la obra

escrita de otros importantes criollos, como Mariano Fernández de Echeverría y Veytia y los jesuitas exiliados en diferentes ciudades italianas después de la expulsión de 1767 —Francisco Xavier Clavijero, Pedro José Márquez y José Lino Fábrega. El libro se vuelve más apasionante en su último capítulo donde Cañizares-Esquerra traza el curso tomado por la historiografía mexicana a través de los intensos debates anticuarios de 1791-1794 entre varios eruditos criollos. El origen de las controversias es el hallazgo, en la Plaza Mayor de la Ciudad de México, de dos “piedras”, hoy identificadas como la Piedra del Sol y la Coatlicue.³ Los diferentes escritos sobre estas piezas, en particular por parte de Antonio de León y Gama y de José Antonio Alzate y Ramírez, reflejan una tendencia historiográfica que traspasaba el contexto novohispano y marcaba el paso del texto, como única base para escribir la historia, al objeto, como fuente de evidencia material, cultural y tecnológica, en particular indispensable para escribir la historia de los pueblos que no han dejado documentos escritos o han dejado muy pocos. La interpretación del nuevo tipo de evidencia ofrecido por las dos “piedras” generó un gran número de aproximaciones metodológicas —desde el análisis químico y el estudio astronómico hasta el desciframiento jeroglífico y la iconografía—, negociadas, debatidas e impugnadas en periódicos y tratados publicados y manuscritos. Cañizares-Esquerra pone de manifiesto la vitalidad e idiosincrasia de la Ilustración mexicana de la última década del siglo XVIII al seguir tanto los argumentos de ilustrados consagrados (como Alzate y León y Gama), como los de participantes anónimos o de José Borunda, cuyas hipótesis han sido generalmente descartadas como inútiles o fantasiosas.

³ Inexplicablemente, Cañizares-Esquerra se refiere de manera repetida a la Coatlicue como “la figura monstruosa”. Esta expresión es curiosa en un libro muy al día con las modas “políticamente correctas” de la academia estadounidense: para el autor, los indios son “amerindios” y México, “Mesoamérica”.

Un afán común unía las posiciones encontradas de los anticuarios criollos mexicanos: desmentir los prejuicios europeos contra la antigua cultura mexicana, de la cual los criollos se sentían herederos. Las dos “piedras”, insistían sus estudiosos, demostraban un alto grado de sofisticación tecnológica, científica, artística y social. Pero para entender la complejidad del objeto se necesitaban profundos conocimientos lingüísticos (en este caso, del náhuatl), astronómicos (de los calendarios y las cronologías de los mexicanos), históricos y prácticos (sobre las costumbres de los indios contemporáneos). Estos conocimientos eran del dominio casi exclusivo del historiador local, formaban parte de su “epistemología patriótica” y se volvían armas poderosas contra la ignorancia o la superficialidad de estudiosos externos.

El concepto de “epistemología patriótica” provee el libro de Cañizares-Esquerro con una solución ingeniosa para abordar los debates historiográficos de finales del siglo XVII; la preocupación por la resignificación de América desde una condición local es un hilo conductor que da sentido a actores y argumentos tan diversos; pero el mismo concepto se vuelve en ocasiones un arma de doble filo que da al libro un carácter predecible y generalizador. Pasar todo escrito criollo por el filtro de la “epistemología patriótica”, con el propósito de hallar la crítica del local contra el extranjero, corre el riesgo de reducir la riqueza e ignorar la ambigüedad de los textos examinados; esta sensación es particularmente fuerte en el caso del análisis de la larga lista de escritos de los jesuitas exiliados.

Inherente a la definición de “epistemología patriótica” es el supuesto desprecio de los criollos mexicanos hacia las clases bajas. Aunque el autor tiene razón en sugerir que las élites novohispanas vertían acérrimas críticas a la plebe supersticiosa e ignorante que conformaba la mayoría de la población urbana, es importante señalar que los mismos ilustrados aceptaban el saber popular como fuente importante de conocimiento local. León y Gama, cuyos escritos sobre el poder curativo de las lagartijas, Cañizares-Esque-

rra menciona de paso, hizo uso de testimonios de los indios (hombres y mujeres) para documentar los peligros y los beneficios de estos reptiles. A su vez, en sus trabajos meteorológicos, Alzate recurría, con frecuencia, a las observaciones de los “rústicos” para cotejarlas con sus lecturas del barómetro. El vuelo de los zopilotes o la forma de las nubes, que sabían observar los labradores, constituían muchas veces signos más seguros de la lluvia que las subidas o bajadas del mercurio en un tubo de vidrio.

En relación con estos dos últimos eruditos novohispanos, el autor afirma sin fundamento que dentro de la Ilustración novohispana, León y Gama y Alzate ocuparon posiciones extremas y que Alzate era el menos riguroso de los dos. Más allá del difícil establecimiento de una curva de extremos para la Ilustración mexicana, Alzate fue uno de los practicantes más devotos de la ciencia en la Nueva España: entre sus quehaceres más notables fueron el de llevar a cabo un censo demográfico (con base en intrincados cálculos de consumo de alimentos), de diseñar un nuevo proyecto de desagüe para la laguna de Texcoco, de practicar meticulosas observaciones meteorológicas cuatro veces al día a lo largo de 30 años, de establecer la altitud de varios lugares en la Nueva España, de publicar la primera descripción de las ruinas de Xochicalco, y de participar en acérrimos debates sobre varios fenómenos astronómicos (eclipses y auroras boreales) contra León y Gama.

Finalmente, al enfocar la “epistemología patriótica” de los criollos mexicanos para reivindicar la imagen de América, Cañizares-Esquerri pretende, a su vez, ofrecer al lector un nuevo tipo de historia sobre América Latina. Su público —en particular su público estadounidense—, afirma el autor, está supuestamente acostumbrado a leer sólo relatos de violencia, traición y realismo mágico sobre el vasto territorio al sur del río Bravo. Es difícil imaginar qué lector está suponiendo Cañizares-Esquerri. A fin de cuentas, su libro es un estudio especializado, dirigido a un público sensible a los estereotipos contemporáneos sobre la realidad ame-

ricana y familiarizado con otros tipos de historias más allá de los éxitos comerciales.

Al mismo tiempo, la historia de Cañizares-Esquerro no es tan novedosa como él implica y tampoco es la primera de su tipo. Para mencionar solamente algunos antecedentes destacados, en su monumental estudio *La disputa del Nuevo Mundo*, Antonello Gerbi hizo un eruditísimo balance de las reflexiones europeas del siglo XVIII en torno de América y de algunas de las respuestas criollas a estas historias. A su vez, en *Orbe indiano*, David Brading abordó la construcción de la identidad criolla (mexicana y peruana, entre otras) mediante los escritos de muchos de los protagonistas que interesan también a Cañizares-Esquerro; pero este autor es poco generoso con sus antecedentes: a Brading lo menciona de paso y, en cuanto a Gerbi, exclama que el historiador italiano se mostró despectivo con los eruditos criollos. Aunque es verdad que Gerbi se concentró sobre todo en los escritos europeos (peyorativos o favorables) sobre América (en este sentido, la disputa no era sólo entre europeos y americanos, sino entre los europeos mismos), su consideración de los americanos no está marcada ni por el desprecio ni por la condescendencia. En cambio, Cañizares-Esquerro guarda sus mejores elogios para las corrientes “posmodernas” y “poscoloniales” y en ocasiones tiende a someter todo dato a premisas teóricas de última moda. El resultado final es desigual. Una perspectiva novedosa, seductora y ambiciosa sobre la historiografía del siglo XVIII y sobre la Ilustración hispana pierde poder persuasivo y se vuelve trivial al cortar un gran número de textos con el mismo molde teórico. El libro recobra solidez e interés cuando abandona las generalizaciones y se deja captar por la minucia, el dato local y el detalle.

Miruma Achim

*Universidad Autónoma Metropolitana-
Cuajimalpa*